



Fedro



Platón



Introducción,
traducción, notas
y comentario de
Armando Poratti

Ágora ISTMO

PLATÓN, *Fedro*, introducción, traducción, notas y comentario de Armando Poratti, Ediciones Akal, Madrid, 2010, 446 pp. ISBN 978-84-7090-474-5.

QUEREMOS aprovechar la ocasión para celebrar la reciente publicación de una nueva edición bilingüe del *Fedro* de Platón. Esta nueva versión no se limita a presentarnos el texto griego original¹ y su traducción al castellano, sino que viene completada con una lúcida introducción, una bibliografía que permite al lector profundizar en los problemas que abre el *Fedro* desde las diferentes líneas hermenéuticas, un amplio aparato de notas que aclara algunas elecciones de traducción, pero que, sobre todo, orienta al lector proporcionándole una breve explicación de algunas realidades y expresiones de aquella época y, por último, un amplio comentario que nos presenta una interesante propuesta interpretativa.

El *Fedro* constituye una de las obras más bellas de Platón. Ya desde la antigüedad los comentaristas se han remontado a su ambiente bucólico y a sus plásticos mitos para señalar la elegancia de su prosa. No obstante, conviene no quedarnos prendados ante tal precioso rostro y comprender qué nos platea. De entrada, constatamos que la dificultad que entraña dicha tarea no es pequeña. Buena muestra de ello son los diferentes subtítulos con los que ha sido catalogado, a saber, *Sobre lo bello* (*Perì kaloû*), que es el subtítulo con el que hemos recibido todos los manuscritos (con una sola excepción), *Sobre el amor* (*Perì érotos*), *Sobre la retórica* (*Perì rhetorikês*), *Sobre el alma* (*Perì psukhês*), *Sobre el bien* (*Perì tagathôû*) y *Sobre el bien primero* (*Perì toû prôtou kaloû*) o *Sobre el bien en general* (*Perì toû pantodapoû kaloû*).² No obstante, sin remontarnos tan lejos, en la actualidad podemos ver cómo las diferentes líneas interpretativas hacen del *Fedro* un texto con una enseñanza hartamente dispar; la escuela de Tübingen-Milán, el ejercicio deconstructivista de Derrida y los straussianos, entre otros, han destacado por igual la gran relevancia del presente diálogo para la correcta comprensión del pensamiento platónico y, sin embargo, las distintas interpretaciones que dichas corrientes proponen son radicalmente irreconciliables entre sí en no pocos aspectos.

Aquí reside uno de los más claros rasgos de la grandeza del *Fedro*; de un único texto ha surgido toda una serie de debates que continúan, todavía hoy, vivos. El *Fedro* constituye algo así como una “caja de problemas”; una vez abierta, las cuestiones que de ella brotaron nunca han podido ser resueltas de forma definitiva. Precisamente, el profesor Poratti, con su trabajo, lo que trata de hacer es ofrecernos una propuesta interpretativa que nos permita acceder al conocimiento que Platón quería transmitir, sin amputar su riqueza. Su traducción, notas y comentario van todos ellos encaminados a cumplir tal objetivo.

Aquí reside uno de los más claros rasgos de la grandeza del *Fedro*; de un único texto ha surgido toda una serie de debates que continúan, todavía hoy, vivos. El *Fedro* constituye algo así como una “caja de problemas”; una vez abierta, las cuestiones que de ella brotaron nunca han podido ser resueltas de forma definitiva. Precisamente, el profesor Poratti, con su trabajo, lo que trata de hacer es ofrecernos una propuesta interpretativa que nos permita acceder al conocimiento que Platón quería transmitir, sin amputar su riqueza. Su traducción, notas y comentario van todos ellos encaminados a cumplir tal objetivo.

1 Se sigue la edición canónica de J. Burnet, con muy pocas excepciones: *Platonis Opera*. Recognovit brevisque adnotatione critica instruit Ioanes Burnet. Tomus II. Scrip. Class. Bibl. Ox., Oxonii, e typographeo Clarendoniano (Oxford Classical Texts), 1901, reimprs.

2 Cf. PLATÓN, *Phèdre*, traducción, introducción y notas de Luc Brisson, Paris, Flammarion, nueva edición corregida y puesta al día, 2004, pág. 64.



En ese sentido, la tesis de Poratti viene claramente expuesta: “El tema del *Fedro* es la *paideía*. Esto es, ni Eros de por sí (que lo ha sido del *Banquete*) ni la retórica como tal (que lo es en el *Gorgias*). Más en el fondo todavía, el tema del *Fedro* y de todos los diálogos, es el *lógos* [...] En este terreno habría que pensar la cuestión de la escritura, hacia el final del texto, que, aunque podría derivar del cuestionamiento de la retórica isocrática, excede ese marco y se convierte en autorreflexión de la palabra política y filosófica sobre su vehículo y, con ello, sobre su objetivo y su destino” (p. 22). Tal convicción, se esté o no de acuerdo con ella, es presentada de forma coherente y bien argumentada. En su exposición tiene el contexto histórico en cuenta, toma apoyo de diferentes autoridades e introduce algunas innovaciones que nos incitan a volver a preguntarnos por el sentido de la obra platónica, favoreciendo que tengamos que repensar algunas cuestiones que, sin razones estrictas, habíamos llegado a considerar como obvias.

Con lo dicho hasta ahora hemos dado noticia de la tarea principal que se marca el profesor Poratti. Su trabajo nos presenta una determinada interpretación del diálogo, que toma como centro el texto mismo y que viene presentada por la introducción y respaldada por el aparato de notas y el comentario. La traducción, en ese sentido, trata de ajustarse lo más fielmente posible al original griego, pues no tiene otra razón de ser que la de evidenciar al lector que su interpretación se basa en el propio diálogo y no en una precomprensión desligada del mismo. Poratti conoce las traducciones castellanas ya existentes y su traducción en ningún momento trata de ser innovadora. Más bien, introduce pequeñas variaciones que se ajustan a su sensibilidad y a su interpretación, sin pretender proporcionar grandes novedades filológicas.

Conforme a sus pretensiones, Poratti nos ofrece una traducción que se ajusta en buena medida al original. En especial, acierta al no cargar la traducción con tecnicismos filosóficos o conceptos abstractos, pues en el original apenas los encontramos. No obstante, pensamos que la traducción se desdibuja un tanto con las numerosas palabras que han sido puestas entre paréntesis. El traductor se justifica de antemano, en la introducción, advirtiéndonos de que empleará este mecanismo para no despistar al lector no helenista a fin de que pueda así discernir qué palabras se apoyan en el original griego y cuáles no. Comprendemos su buena intención, pero pensamos que su lectura es lo suficientemente ajustada y ágil como para no tener que lastrarla con tal deber.

En la introducción se nos avisa de que la pretensión de la presente publicación tiene un carácter más filosófico que filológico. En cualquier caso, pensamos que se debía de haber trabajado con más rigor filológico en lo que a la transliteración del griego se refiere. El libro no indica en ningún momento el criterio de transliteración a seguir y nos tememos que, en realidad, carece del mismo. Por un lado, no tenemos claro por qué cuando la traducción viene acompañada del término griego transliterado, a veces, éste es transformado al nominativo, mientras que, en otras, conserva el caso en el que se presenta en el original. Por ejemplo, en la página 131 encontramos cambiadas al nominativo *manía*, *oíesis*, *noûs* e *historía* (en el original todas ellas aparecen en acusativo, salvo la segunda, que aparece en dativo), mientras que la mayoría de las veces se opta por no cambiar el caso del original, como podemos constatar con los ejemplos de *idéan* (p. 153), *tòn lógon* (p. 195) o *lógou* (p. 201). Por otro lado, tampoco parece que haya una pauta bien pronunciada a la hora de marcar la acentuación y la duración de las vocales; en este sentido, a veces se sacrifica la duración en favor de la acentuación, mientras que otras veces sucede lo contrario, sin que hayamos podido averiguar qué motivos han inducido a esto. Sin ir más lejos, en la página 137 se privilegia marcar la duración de las vocales en *hegemon* y se omite su acentuación, mientras que en el aparato de notas, página 224, se renuncia a



marcar la duración larga de la *éta* al transliterar *skholé*, pero se conserva el acento agudo de ésta. Mención aparte merece la errata de la página 131, ya que al reproducir el juego de palabras que introduce Platón, se escribe *oionoística*, en vez de *oionística*. Dicha errata no es reflejo de la obra de la que aquí damos noticia, pues en general está limpia de ellas, pero pensamos que al producirse cuando la argumentación hace uso de un juego de palabras, habría sido conveniente ser más cuidadosos.

Para terminar de pasar revista a aquellos aspectos que juzgamos que podrían mejorarse, hemos de señalar que echamos de menos un índice temático y otro dedicado a los nombres propios, los cuales facilitarían en gran manera la labor de estudiantes y especialistas. De la misma manera, lamentamos que el texto griego y la traducción castellana no avancen de manera estrictamente paralela o simétrica; el desajuste entre el ritmo del primero y de la segunda no es en exceso abultado, pero sí lo suficiente como para lastrar la agilidad de una lectura simultánea. Por último, también se agradecería que el aparato de notas a la traducción estuviese ligado a ésta mediante algún sistema de indicaciones; somos conscientes de que la misma ya consta de una serie de notas a pie de página, pero si bien éstas y el texto vienen vinculados por un sistema numérico de referencias, el de las notas de la traducción podría enlazarse a través de un sistema alfabético de referencias, sin complicar en demasía el asunto.

Sea como fuere, queremos hacer constar que celebramos con sinceridad el esfuerzo de Poratti y de Akal por ofrecernos la presente edición bilingüe del *Fedro*. Si hemos pasado revista a los reproches filológicos que le hacemos a la misma, en parte se debe a que pensamos que una obra de un alto valor filosófico, como lo es la presente, ha de evitar adolecer de una cierta falta de rigor filológico, pues desdibuja un trabajo por lo demás muy loable.

Poratti consigue evidenciar la complejidad y dificultades de interpretación del *Fedro*. Además, no se limita a pasar revista al debate entablado en los últimos años, sino que apuesta por una vía interpretativa y la defiende con coherencia. Con ello, no reduce la complejidad del problema, sino que lo deja abierto para que podamos seguir su argumentación y entablar discusión. Nos ha parecido especialmente encomiable el gran respeto que durante todo su trabajo profesa al académico, como cuando apunta que “puede que no haya pensador menos dogmático que Platón, que reformula una y otra vez sus problemas y elige una forma literaria que no permite fijarlos” (p. 28), y es que “ha sido el único autor de diálogos filosóficos con personajes vivientes. Sus imitadores a lo largo de los siglos sólo han logrado escribir tesis dialogadas” (p. 67). De tal manera, consigue no reducir, a diferencia de muchos otros intérpretes, su enorme complejidad y riqueza. De hecho, el presente diálogo, junto al *Banquete*, da buena muestra de que Platón iba mucho más allá de la ya típica escisión escolar que se le atribuye entre lo sensible y lo inteligible. *Psukhé* y *éros* constituyen dos de los conceptos capitales de estas obras y resulta que ambos son, en cierta manera, inclasificables. *Psukhé* y *éros* no son realidades sensibles, pero tampoco podemos resolver la cuestión catalogándolas cabe las entidades inteligibles; constituyen un problema ontológico. Platón no zanja el problema de la realidad escindiendo el mundo, sino que precisamente, es un filósofo del “entre” (*méthexis*) y durante toda su vida tratará de rendir cuenta de la mediación entre lo sensible y lo inteligible. Por eso, juzgamos que la presente edición tiene un gran valor filosófico, pues plasma una realidad y un Platón complejos; bajo estos supuestos Poratti defiende que Platón competía directamente con los también educadores Isócrates y Gorgias, entre otros, en el campo de la política indirecta, a saber, el de la formación de los jóvenes que llegarían a ser políticos, es decir, el de la *paideía*. En ese sentido, el *Fedro* evidenciaría que el académico era consciente de las dificultades



de dicha tarea, reconociendo de forma abierta la finitud humana. No obstante, ello no lo alejaría de perseverar en su convicción de educar a las generaciones venideras; y según Poratti, la teoría en la que se sustentaría la clave del conocimiento y, por extensión, de la educación, sería la *anámnesis*. Todos los diálogos del periodo medio, de hecho, serían buena muestra de la gran complejidad de este asunto, pues nos encaran con “la búsqueda de la verdad por encima de cualquier afirmación. La teoría de las ideas del periodo medio permite los papeles del maestro y discípulo, pero el conocimiento como reminiscencia prohíbe la transmisión lisa y llana de contenidos doctrinarios fijos. La *paideía* es una “conversión” (*periagogé*) de toda el alma, desde lo sensible a lo inteligible y el Bien (*Rep.* VII 518b-519a), y esto no se logra sin una guía personal. Pero no es Sócrates sino el *lógos* el que en realidad conduce, y la tarea de enseñar consiste en ayudar a descubrirlo (*Fedro* 278a-b, *heuretheís* a7) y seguirlo. Esta tarea, en el *Fedro*, es además tarea erótica. La escritura es como el diario de estos viajes de descubrimiento. Para los compañeros de viaje, o para quienes ya conocen el país, es un recordatorio que los remite a una experiencia plena. Los demás no pueden compartir esta plenitud, pero esto no significa que el escrito carezca para ellos de sentido o de utilidad. Tampoco significa que el viajero haya ocultado deliberadamente parte de su itinerario” (p. 436). Estemos o no de acuerdo con dicha interpretación, ha de reconocérsele su valor, así como su sensibilidad, la cual le impide resolver, de manera simple y de una vez por todas, unos problemas que, seguramente, ni el propio Platón había osado a creerlos resueltos y que aún hoy siguen quitando el sueño a los filósofos contemporáneos más consecuentes. Los diálogos acostumbran a plantear numerosos problemas; lo que resulta menos evidente es que en ellos se nos ofrezca una solución. De tal modo, es conveniente preguntarnos si Platón realmente tenía soluciones para todos ellos o si, más bien, dedicó toda su vida a tratar de pensarlos, evitando de paso que el lector pudiese adoptar una posición pasiva y acomodaticia.

Jonathan Lavilla de Lera